

IV. El enganche y la cuerda

Durante el siglo XIX hubo una tensión permanente entre las añosas formas coloniales de acceder a la mano de obra y las modalidades de empleo que surgieron a partir de la Independencia, el fin de la esclavitud y la difusión del sistema capitalista. Entre los extremos de una mano de obra esclava y la libertad para contratarse se eslabonaron una serie de modalidades, de diferentes maneras de conseguir y fijar a la fuerza de trabajo.

El mercado de trabajo decimonónico se caracterizó por severos desajustes regionales. Por un lado, una limitada oferta

de mano de obra para ciertos sectores de la economía y, por otro, la persistencia de prácticas laborales basadas en el endeudamiento y que limitaban la movilidad de los trabajadores. Allí donde las leyes del mercado no garantizaban todavía la fluidez entre la oferta y la demanda de trabajadores, la cuerda y el enganche se convirtieron en los últimos eslabones del penoso proceso hacia la proletarianización definitiva de los trabajadores.

El enganche utilizaba el adelanto, es decir, dinero a cuenta de trabajo futuro, como gancho para amarrar y cerrar una

relación laboral. De reclutar y comprometer, de trasladar y entregar a los trabajadores en sus lugares de destino se encargaba el enganchador, personaje tan memorable como despreciable, que se hizo tristemente famoso por su crueldad y por recurrir sin remordimiento a *la cuerda*. Esa modalidad, que se usaba también en la leva de soldados, consistía en llevar amarrados y custodiados a los trabajadores apenas eran contratados. Los abusos de los enganchadores obligaron a las autoridades a imponer reglamentos y exigir contratos de trabajo, como sucedió en





1906 en Zamora, Michoacán.

El enganche y la cuerda surgieron como mecanismos de regulación; como intermediación entre una demanda vigorosa pero estacional de trabajadores y una oferta cobijada y atrincherada en regiones alejadas de los nuevos centros de trabajo, una oferta más bien reticente a incorporarse a labores

que suponían ausentarse del terruño, soportar climas adversos y trabajar intensamente en quehaceres desconocidos, muchas veces peligrosos.

Con todo, el enganche probó su eficacia para el traslado de trabajadores a lugares alejados, despoblados, por lo regular también inhóspitos, donde surgía la prosperidad

La cuerda

Eran las 12 y media de la noche del jueves 8 de mayo de 1902. Por la calle López Cotilla y hacia el occidente se percibía un sordo y confuso rumor cuyo origen no era fácil adivinar, momentos después, el oído percibía gritos apagados, llanto a voz en cuello y maldiciones; y a poco la luz de los focos eléctricos mostraba grupos de hombres y mujeres que se movían en desorden, avanzando hacia el centro de la ciudad. Quien de esto era espectador, no poco alarmado, retrocedió y a las primeras personas, hombres y mujeres que encontró, preguntó por la causa de tan inusitado movimiento y terror. "¿Qué ha de ser Señor, la cuerda?", contestó uno de ellos azorado y sin detener su carrera. En efecto, segundos después el paso acompasado de mucha gente y el rumor de voces de mando anunció la presencia de un piquete de tropa que desembocaba por la avenida Colón dirigiéndose a paso de carga hacia la Estación Central. El grupo de soldados era del 27º Batallón que encerraba dentro de sus filas a unos 200 hombres, que sujetos con cuerdas por los brazos y manos, eran conducidos como rebaño de corderos hacia la estación. Llegué a ese lugar, precedido de multitud de mujeres que, con niños en los brazos, lanzaban gemidos de dolor desgarradores, pretendiendo en vano ver por última vez a los que, pocas horas después, debía arrebatar el tren para ser trasladados a regiones ignoradas.

--*La Libertad*, 11 de mayo de 1902, Guadalajara, Jalisco.

De Michoacán a Oaxaca

Salen "...Setenta y cuatro jornaleros contratados mediante la observancia de los reglamentos del caso, para prestar sus servicios por jornal, en la hacienda de San Juan del Río, Distrito de Tuxtepec, del Estado de Oaxaca, hacienda que en gran escala se dedica al cultivo del tabaco y de cereales. Cada jornalero va a ganar cincuenta centavos diarios, se le darán alimentos, desayuno, comida y cena; tendrán asistencia médica gratis en caso de necesidad y los gastos de transporte de ida y vuelta serán por cuenta de la finca".

--*El Heraldo de Zamora*, 29 de septiembre de 1907. Zamora, Michoacán.

de fin de siglo: plantaciones, centro minero y líneas de ferrocarril. Al parecer, las empresas enganchadoras preferían desplazar a los trabajadores a regiones muy alejadas de sus terruños. Los finqueros guatemaltecos, por ejemplo, recurrían a enganchadores mexicanos para conseguir peones chichimecas de tierras tan lejanas como San Luis de la Paz, en el norte del estado de Guanajuato. Los enganchadores recorrían el rumbo de Zamora, Michoacán, en busca de gente para las fincas de Chiapas, las vegas de Veracruz y Campeche, los campos de Oaxaca. Las empresas mineras también apelaban al enganche. Así llegaron, vía Guaymas, indios yaqui contratados por la compañía El Boleo, para trabajar en el campo minero ubicado en un páramo desolado de la península de Baja California.

Otro ámbito de intensa actividad enganchadora fue por supuesto el ferrocarril. En 1902, por ejemplo, hubo enganche de jaliscienses para los trabajos del Ferrocarril Central en el Istmo de Tehuantepec y para los trabajos del ferrocarril de Veracruz y el Pacífico. Grandes cartelones pegados en las calles de Guadalajara anunciaban la oferta de trabajo para "...tres mil hombres que quisieran engancharse..." para ir a trabajar a la línea del ferrocarril de Córdoba y el Pacífico.